

HASTA LA ÚLTIMA GOTA

Hola, me llamo Ramón, tengo diecisiete años, acabo de terminar 1º de Bachillerato —nota media de notable— y hoy es mi segundo día de vacaciones aunque os aseguro que nada de esto es importante. Después de lo que acabo de leer en un libro situado en la parte más alta de la biblioteca de mis padres (para alcanzarlo he tenido que subirme a una escalera), sólo puedo decir que estoy más que preocupado.

Quizá debería usar otra palabra: asustado. ¿Atemorizado, tal vez? Tampoco es cuestión de darle más vueltas... ¿O sí?

Todo empezó cuando, nada más abrir el libro, en el primer capítulo, leí que mucho antes de lo que nos imaginamos el Mediterráneo será una gran mancha de grasa que nadie se atreverá a cruzar.

Increíble, pensé.

En sus orillas habitarán varios tipos de roedores y las últimas gaviotas. Los peces que queden, pocos por causa de la falta de oxígeno, lucharán por no quedar atrapados en el lecho de plásticos que cubrirá su fondo.

Es una novela. Ciencia ficción, me dije. No es que me apasione la ciencia ficción, conozco algunos autores y he visto varias películas en la tele, también en el cine. En mi opinión abusan de los efectos especiales pero algunas te hacen pasar un buen rato.

Unas páginas más adelante, al leer que la rama de una acacia centenaria

servirá para que se cumpla el desenlace, por fin, de nuestra especie, sentí cierto desasosiego...

Casi sin darme cuenta, empecé a darle vueltas al hecho de que mis padres tuvieran ese libro tan escondido. ¿Les preocupaba, acaso, que yo pudiera encontrarlo?

Seguí leyendo:

La decisión, al parecer, la tomará una mujer. La última representante de nuestra especie sobre la Tierra. Así, una tarde —copio textualmente— cansada de vivir y hablar a tientas, pondrá punto y final a su delirio.

Será después de hacer el nudo, justo en el momento de rodear su cuello con la cuerda, añade el libro, cuando la mujer quiera decir algo, acaso una oración, un cántico que aprendió de niña. Pero de su boca sólo saldrá un leve suspiro, cuyo eco nadie escuchará.

Su cuerpo colgará de la acacia varios días para disfrute de los buitres. Luego el olvido amontonará las piedras y ocultará los caminos bajo un manto de silencio.

La última representante de nuestra especie sobre la Tierra. No lograba quitarme esa frase de la cabeza. Y el tono catastrofista del libro empezaba a no gustarme nada. Claro que lo que sigue:

Antes de ese silencio que vendrá a demostrar que los humanos sólo fuimos seres de paso, en todos los continentes se vivirá la misma pesadilla. Un viento cuya fuerza nadie será capaz de medir barrerá las ciudades y hará saltar por los aires sus aeropuertos, las torres de sus iglesias más importantes. Después, cuando llegue la calma, los escaparates no tardarán en ser saqueados por individuos hambrientos que deambularán de un lado para otro sin saber adónde ir...

Será tanto el daño que dejen a su paso dichos temporales, advierte al final del primer capítulo, que el polvo que dejen a su paso tardará cientos de años en posarse.

Menuda manera de vaticinar el fin del mundo, pensé con el libro en las rodillas. Luego quise saber quién había escrito una exageración así pero las solapas, os lo aseguro, están en blanco. Y en la portada sólo destaca el título:

HASTA LA ÚLTIMA GOTA

Seguí leyendo:

Borrados ya los mapas, sus rutas de colores, los números que indican las distancias que hay de un lugar a otro, anulados los posibles encuentros, las reuniones de trabajo, inservibles los calendarios, abiertas las agendas sobre las mesas donde antes se celebraban los consejos de ministros, el calor derretirá las ilusiones y...

Agobiado por ese tono apocalíptico, creo que empezaba a dolerme un poco la cabeza, pasé un montón de páginas y en un capítulo destinado a los animales leí que, en el mismo centro del África tropical, el último representante de los loros se despedirá con un insulto antes de buscar cobijo en una mina abandonada.

Lejos de allí, en la soberbia Europa, el perro más fiel del último monarca agonizará entre terciopelos. Una lágrima caerá desde sus ojos y salpicará el recipiente, hace tiempo vacío, donde los criados estaban obligados a servirle el agua.

En Nueva York, las ratas se atacarán entre ellas apenas descubran que no tienen qué beber. Y en un rincón de Australia, miles de canguros saltarán sobre las llamas de un enorme incendio que nadie será capaz de controlar...

El sexto capítulo empieza a sí:

Una y mil noches después, cuando ya no importen las estrellas, en realidad no se verán por culpa del humo, la luna nos dará la espalda convencida de que nadie la desea. Momento que aprovecharán los poetas para desdeñarse de todos sus versos. Algunos, incluso, cambiarían todos sus premios por un poco de oxígeno...

Será entonces, en vísperas de carnavales, cuando una bocanada de CO₂ borrarán de norte a sur las peores metáforas. Semanas más tarde, alguien dará la orden de maquillar con agua oxigenada a los jefes de Estado después de una reunión de Naciones Unidas donde quedará claro que ya no se puede hacer nada...

Una vez los televisores dejen de funcionar, dice el dichoso libro en el capítulo X, titulado “Medios de comunicación”, apenas los periódicos y las emisoras de radio de todo el mundo anuncien que se nos ha acabado la paciencia, los ordenadores se autodestruirán, incapaces de aceptar la única verdad para la que no están preparados.

Serán los teléfonos móviles con sus poli tonos quienes eleven a los cuatro vientos el desconsolado llanto de las viudas. Poco después en el cielo no quedará ya ninguna nube y la antigüedad cabrá en la concha fosilizada de una almeja.

Aquí, os aseguro que ya no sabía si seguir leyendo o irme por ahí a dar una vuelta...

Al principio de tan larga sequía, todas las tardes serán la misma tarde, dice el libro en el capítulo XI.

Antes de morir en un pequeño pueblo de los Andes un pastor confesará: vi gotas de agua de muchos colores, el rostro de una virgen manchado con vino, un caballo con cuernos que ladraba como si fuera un

perro...

Cada vez más preocupados, los forenses investigarán las vísceras de todos los cadáveres queriendo hallar una explicación para tanta desgracia pero sólo encontrarán lo que sabían.

En los palacios, bancos y grandes multinacionales será donde primero cunda el desasosiego, se avisa en el penúltimo capítulo. También se multiplicarán por diez las procesiones, los rezos, las súplicas a Dios.

Leí después que cuando los bosques no sean otra cosa que recuerdo, las ciudades agonizarán como si fueran dinosaurios. Y apenas los primeros expedicionarios remuevan el lecho de los océanos, aparecerán en ellos —aparte de algunos galeones cuyo oro se llevó la rapiña— toneladas y toneladas de bolsas de plástico, botes de refrescos, botellas de todo tipo, compresas, preservativos, tambores de lavadores, frigoríficos oxidados, motos robadas... la lista es casi interminable.

El libro dice que justo donde hoy se halla el cabo de Gata los lobos encontrarán la cabeza de un caballo enterrado entre las dunas. Ese día, a miles de kilómetros de allí, una poetisa morirá cansada de buscar en su memoria el arrullo de lo que antes fueron olas.

Noches después, prestigiosos físicos, biólogos, químicos, astrólogos, geólogos y naturalistas de las más importantes universidades de todo el mundo anunciarán, en rueda de prensa conjunta, que la vida está a punto de acabarse.

Al oír la noticia, el último profeta de un país árabe regresará a las ruinas de la que fuera su aldea decidido a enterrarse en ellas.

Tras el ultimátum dado por los expertos, la prometida del príncipe de Gales se abrirá las muñecas con un abrecartas y en París, un famoso cocinero —parece que estaban a punto de darle otra estrella Michelin— se comerá

guisada a su mascota.

Varios hombres con cara de cansados se acercarán al caudal de lo que antes fuera el Nilo pero no encontrarán lo que desean. El mar Rojo será una línea recta trazada sobre un mapa. El Tigris y el Eúfrates dos anchos arenales.

Ya en su último capítulo, el libro dice:

De nada servirán los ecos de esas voces que hablan de países y fronteras, los hombres habrán sido olvidados por sus duendes y la estatua de una diosa llorará todas las tardes sobre el punto exacto donde se halló la isla de Creta.

Una película enterrada entre cientos de películas, contará que ya no hay árboles, que varias generaciones de hombres y mujeres murieron sin saber lo que es llover, que el aleteo de una mariposa destrozó, sin quererlo, la cordillera del Himalaya.

Desaparecidas la palabra bosque y la palabra arroyo, sin valor los sinónimos de regato, afluente, rocío y aguacero, no quedarán más pastos ni verdor sobre la tierra que el más viejo recuerdo de una lámina pintada en otra época por un maestro del realismo.

Será la última gota del último chubasco la que iniciará el fin de los tiempos, concluye ese libro que acabo de dejar donde estaba.

Quién me mandará a mí...